

# Ignacio Rodríguez Galván y la formación de la identidad nacional mexicana

**Roberto Mendoza-Farías**  
**The University of Arizona**

**E**n el siglo XIX Latinoamérica sufrió sin duda alguna un sinnúmero de cambios y convulsiones, principalmente políticas pero también culturales y sociales. Las diferentes regiones guerrean entre sí, las luchas de independencia se esparcen como pólvora y se generan divisiones entre los independentistas o liberales y los fieles a la corona española o conservadores. El período de independencia coincide con el movimiento romántico europeo, y en particular, el español, el cual se extiende a toda la parte hispana del continente, generando así una especie de hilo conductor que en cierta medida subvierte las divisiones políticas y genera una sensibilidad común. Es José María Heredia quien, al llegar adolescente a México, trae consigo el Romanticismo, y escribe los que son, a juicio de José Emilio Pacheco, sus mejores poemas, sin paralelo en la poesía mexicana de esos años, convirtiéndose en uno de los principales impulsores del movimiento romántico no sólo en México sino en toda la América hispanohablante (Pacheco 13).

Sin embargo, la extensión y aun la firmeza de la América hispánica son poco claras. La consecución de la independencia de la corona española por parte de los diferentes virreinos americanos crea la necesidad de la invención de las nacionalidades. La invención de la nación se presentará como una estrategia de “elección del Espíritu, tributo a la geografía y la historia” y generará a su vez el ideal del ciudadano de un país emancipado, aunque no en pleno ejercicio de sus derechos (Monsiváis 380). Es decir que ante la independencia de la corona española, los países latinoamericanos se verán en la necesidad de crear una identidad nacional a través, presumiblemente, de un imaginario común a todos sus habitantes; identidad que tendrá que definir en primera instancia, y reafirmar en segundo término, las características de lo que significa ser de uno u otro país. Esto es, en otras palabras, el nacimiento no sólo de una identidad nacional sino de un nacionalismo latinoamericano en general, y particular a los diferentes países, conceptos que, huelga decir, escapan a una definición concreta y fácil.

La literatura y las artes se convertirán en uno de los instrumentos de consolidación de la identidad nacional; representarán una de esas estrategias de definición y unidad nacionales mencionadas por Monsiváis. José Emilio Pacheco sostiene que una vez firmados los Tratados de Córdoba, en agosto de 1821, la expresión literaria en México “despierta para celebrar la libertad y advertir los peligros que amenazan, en su crecimiento, al nuevo país” (12). En el caso particular de México surge Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842) como poeta de sensibilidad romántica y pionero de ese intento de forjar una identidad nacional. Es cierto que hubo algunos precursores y coetáneos de Rodríguez Galván que abordaron los mismos temas, pero en su mayoría lo antecedan por varias décadas o son posteriores a él, o simplemente no han formado aún la ideología nacionalista que se verá en los versos del joven poeta. En sus poemas, y aún en sus obras de teatro, Rodríguez Galván evidenciará un claro sentido patriótico y un impulso hacia una reafirmación de la independencia y una definición de la identidad nacional mexicana.

Rodríguez Galván tuvo una vida tan breve como trágica. Nace en 1816 en Tizayuca, Hidalgo, de padres campesinos, a quienes el joven Rodríguez ayudó hasta los once años. Es entonces cuando es enviado a la ciudad de México para trabajar con su tío Mariano Galván Rivera, librero y editor de folletines y periódicos de circulación local

(Castro Leal vii).<sup>1</sup> En la oficina de su tío, Rodríguez Galván tuvo la oportunidad de escuchar con atención a los escritores que frecuentaban las tertulias y se dedicó a leer cuanto tuvo a la mano. Rodríguez Galván no recibió educación formal, sino que fue un escritor autodidacta. Empezó a escribir cuando tenía 19 años, y sólo logró publicar cuatro novelas cortas y dos obras de teatro. Sus versos, que habían sido escritos de manera suelta, se publicaron póstumamente en 1851. Rodríguez Galván murió trágicamente de “vómito negro”, o fiebre amarilla, en La Habana, Cuba, en julio de 1842 cuando tenía apenas 26 años. Según Antonio Castro Leal, Rodríguez Galván fue “[de] espíritu sensible, y torturado, víctima de miserias, tristezas y dolores, [...] es sin duda la figura literaria más importante de nuestro romanticismo, en su poesía ambiciosa y apasionada, [...] primeros ejemplos de la nueva escuela en nuestra literatura” (xi-xii).

### **Nación y nacionalismo: novedades del siglo XIX.**

Rodríguez Galván escribió numerosos poemas con temas patrióticos y nacionales. Marco Antonio Campos recoge todos los poemas con referencias a la patria o nación mexicana en el libro *Poemas mexicanos*, los cuales componen casi la mitad de su obra poética. Entre ellos aparecen títulos como “La visión de Moctezuma”, “Bailad! Bailad!”, “El soldado ausente”, y quizás el más renombrado de todos,

“Profecía de Guatimoc”, el cuál Menéndez Pelayo calificó como “la obra maestra del romanticismo mexicano” (Pedraza Jiménez 84-92).<sup>2</sup>

Sin embargo, y antes de pasar a los ejemplos concretos, cabe hacer una distinción entre Rodríguez Galván y sus predecesores, en términos primero de lo que significa identidad nacional y nacionalismo, para así explorar cómo estos conceptos aparecen en la obra de aquél y no en la de éstos últimos. Es preciso reconocer que el concepto mismo de identidad nacional y nacionalismo evade una fácil definición, si es que se puede acaso llegar a alguna. Desde sus inicios se ha intentado definir la palabra nación y nacionalismo con criterios objetivos, tales como la lengua, la circunscripción geográfica, ciertos rasgos culturales e históricos comunes, etc. El problema ha sido siempre que no sólo la idea misma de nación y nacionalismo es difusa, sino que los criterios presuntamente objetivos utilizados para definirla, son a su vez nebulosos y cambiantes, y por ende casi inservibles (Hobsbawm 14-6).

Como ya señalaba Mosiváis, la idea de nación y el nacionalismo surgen de la necesidad de los países latinoamericanos de encontrar una identidad nacional. A esto podemos añadir otra dimensión, y es que el nacionalismo surge como una reafirmación no sólo de la identidad colectiva e individual, sino como una reacción contra la recién caída institución colonial. Es decir que, al menos en América, los brotes

nacionalistas obedecen también a una justificación de la emancipación de la corona española, aún si esto implica adoptar las mismas categorías que les habían negado su independencia, como la diferenciación étnica, la supuesta superioridad cultural, las virtudes reales o imaginadas, etc. (Deane 359-61).

El surgimiento de la idea de nación y del nacionalismo se puede fechar hacia finales del siglo XVIII, con la Revolución francesa y los movimientos liberales en Europa occidental. Aunque se dice que los franceses se mostraron hostiles al sentimiento de nacionalidad, aún con la idea nebulosa que de dicho concepto se tenía, insistieron en la asimilación de los judíos al pueblo francés, pero también en la uniformidad lingüística como condición esencial de su incorporación. No obstante esta insistencia de uniformidad, la ecuación nación=pueblo=estado (cualquiera que sea el orden) no tenía arraigo entre los revolucionarios franceses. No sería sino hasta iniciado el siglo XIX que dicha ecuación empezaría a adquirir vigencia entre los intelectuales europeos, y por consiguiente los americanos (Hobsbawm 25-32). Así, por ejemplo, la palabra “nación” se definía, en el diccionario de la Real Academia Española de 1843, simplemente como “conjunto de los habitantes en alguna provincia, país o reino” (*DLC*, 1843). En contraste, en la undécima edición, de 1869, se añade la siguiente acepción al principio de la definición: “El estado ó cuerpo

político que reconoce un centro común [sic] de gobierno. Territorio que comprende, y aun sus individuos, tomados colectivamente” (DLC, 1869).

Con lo elucidado anteriormente se vislumbra que el concepto de nación de finales del siglo XVIII y principios del XIX tenía poco que ver con proyectos políticos de estado, los cuales más tarde van a incorporar el nacionalismo a su discurso, como forma de consolidación del poder. A su vez se puede ilustrar que en la segunda mitad del siglo XIX aparece ya el concepto de nación firmemente asociado con la formación del Estado y por ende de una ideología. Es decir, en el transcurso de poco menos de medio siglo surge un concepto totalmente nuevo que crea una asociación entre individuo, pueblo o comunidad, lugar geográfico y Estado o cuerpo político; en otras palabras, aparece una especie de idea unificadora que no es otra que el estado-nación.

Eric Hobsbawm sostiene que la consolidación de la idea de nación y nacionalismo, y su consecuente incorporación como parte integral del estado, se da en tres etapas. Primero está la fase exclusivamente cultural, literaria y folclórica, sin tener “ninguna implicación política, o siquiera nacional”. En la segunda fase aparecen un conjunto de precursores y contribuyentes de la “idea nacional” y los principios de campañas y proyectos políticos a favor de esta idea. Y por último en la tercera etapa, los programas

nacionalistas obtienen el apoyo de las masas a quienes dicen representar (21-21). Es decir, que en la mayoría de los países, con algunas excepciones, el nacionalismo precede a la formación del estado y no a la inversa. El caso particular de América Latina no es distinto de este esquema. Entre los antecesores neoclásicos de los poetas que coadyuvarán a la formación de las identidades nacionales se pueden contar a Andrés Bello, con sus silvas a la naturaleza americana; a José Joaquín de Olmedo, con sus poemas patrióticos como “La victoria de Junín” y “Canto a Bolívar”; y a Juan Cruz Varela, con sus cantos de escenas patrióticas y de acontecimientos bélicos del momento (Pedraza Jiménez 84-92).

### **Ignacio Rodríguez Galván: la poesía como catalizador de la identidad nacional.**

La poesía de la insurgencia mexicana cae dentro de lo que es la transición entre la primera y segunda etapa del esquema propuesto por Hobsbawm. En dicha transición aparecen poetas como Andrés Quintana Roo, que escribe la oda “Al dieciséis de septiembre”, haciendo referencia al “grito” de independencia mexicano; Francisco Ortega, quien apunta hacia la tragedia que representarán para los mexicanos los caudillos militares; y Sánchez de Tagle, quien asoma un “tímido preludeo de la escuela romántica” (Pacheco 13). No obstante estos antecedentes de una

sensibilidad lírica impregnada de sentimientos patrióticos, José Joaquín Blanco coincide en señalar que la poesía insurgente no tiene una identificación nacional clara, pues no hay indicios de un temple mexicano ni de mestizaje. Hasta ese punto los criollos mexicanos no propugnaban por una poesía de lo mexicano, ya que ellos no necesitaban buscarse una identidad, puesto que ya la tenían: el criollismo. En palabras del propio Blanco:

Antes de los románticos, los intentos nacionalistas sólo habían registrado en la poesía dos puntos sólidos: la noción de México como propiedad de los criollos y el culto a los héroes y caudillos como seres mitológicos, sin mucha conciencia de los lazos sociales de su heroísmo. (27)

Este aparente atraso de los poetas prerrománticos obedece a que la poesía seguía siendo un lujo, mientras que la prosa, y sobre todo el periodismo, respondían a una necesidad mediática de polémica y alcanzaba un mercado interno. Para Blanco, el único propósito que perseguían los poetas neoclásicos insurgentes era importar de las cortes europeas un arte concebido sin contacto con la realidad y que elogiaba con tonos, temas y sistemas alegóricos fijos (27-8).

En contraste con la poesía insurgente, los románticos intentan en su inicio reflejar minuciosamente el paisaje mexicano, tal vez imitando a los franceses y al propio Heredia. En esta primera veta de

poetas románticos forjadores de la identidad nacional aparecen Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto<sup>3</sup>, Ignacio Ramírez y por supuesto, Ignacio Rodríguez Galván.<sup>4</sup> Para ellos, y en particular para Rodríguez Galván, el nuevo mexicano ya no está encarnado en el criollo, con su modo de vida españolizado y un sistema político que lo privilegiaba, sino en un hombre sencillo y campirano, que lleva una vida justa y que además traspasa escenas autobiográficas a la poesía. Es esta primera generación de románticos mexicanos la encargada de construir la cultura liberal y de echar a andar el imaginario colectivo, mediante la creación de una identidad nacional, ya a través del rescate de lo popular o prehispánico, ya a través de la incorporación de cuadros de costumbres y descripciones de la naturaleza particular mexicana. La segunda ola romántica, la de Antonio Plaza, José Rosas Moreno, Flores, Manuel Acuña y Justo Sierra, entre otros, será la encargada de consolidar el Estado liberal centralista (Blanco 26-8).

Llegamos pues a la obra concreta de Rodríguez Galván. Los motivos tendientes a forjar una identidad nacional se manifiestan con diferentes temáticas en los poemas galvanianos, algunos con expresiones marcadamente nacionalistas. Primero vemos que alcanzan a aparecer poemas que, como aquellos de los predecesores criollos de Rodríguez Galván, justifican la lucha insurgente. Por ejemplo, en “El insurgente en Ulúa” (1936) la voz



lirica o hablante poético se lamenta del encarcelamiento en San Juan de Ulúa, Veracruz, de un soldado insurgente anónimo, que “mudo y abatido” enfrenta bravamente su destino, “Por libertar a su patria / Del español orgulloso” (Rodríguez Galván 26). Este verso parece únicamente ofrecer una variación de la justificación de la causa independentista, pero estrofas más adelante aparece ya una idea más clara de una identificación nacional definida, en este caso, geográfica. Al contemplar su cautiverio, el insurgente exclama:

Cuando de Méjico  
Pise la arena,  
Luego mi pena  
Se calmará.  
Veré las lóbregas  
Montañas ásperas  
Donde aclamárase  
La libertad; (27)

Como se puede apreciar en estas dos estrofas, Rodríguez Galván introduce ya una identificación de la naturaleza americana, de los espacios nativos a México, y la asocia con ideales libertarios que dan cohesión a la naciente idea una identidad nacional mexicana.

En varios poemas Rodríguez Galván advierte de la invasión extranjera, distinguiendo por oposición a los mexicanos como un pueblo diferenciado cultural, lingüística y hasta históricamente de los demás, único. Por ejemplo en “¡Guerra a los Galos guerra!” (1839) se hace referencia a las no siempre ocultas

intenciones de invasión por parte de los franceses desde principios del siglo XIX, y se insta a los mexicanos a combatirlos:

*Megicanos, [sic] volad,  
Los mares y la tierra  
Con su sangre regad  
Nuestras frentes hundir en la arena  
El frances [sic] orgulloso pensó [...]  
Acorred al combate, guerreros:  
Os espera la gloria en la lid.<sup>5</sup> (144)*

En “El soldado ausente” (1838) el hablante poético recoge el lamento de una joven que recibe el consuelo de su madre y cuyo amado ha partido a luchar en la guerra con Estados Unidos en Texas:

Ora al trueno del cañon, [sic]  
Cual leon, [sic]  
En Tejas, tu dulce amigo  
Combate al fiero enemigo  
De su querida nación. (74)

Nótese cómo aparece, por primera vez en la lírica de Rodríguez Galván la palabra “nación”. Si aceptamos que los diccionarios son los últimos en registrar los cambios en el uso del lenguaje y las nuevas acepciones de palabras, es posible inferir que el joven poeta utilizaba aquí la palabra “nación” no sólo como lugar de nacimiento, sino que incluye el sentido más amplio de circunscripción geográfica, de cultura común, de Estado político y de la inclusión de sus habitantes, que aparece en el *Diccionario de la Lengua Castellana* de 1869.<sup>6</sup>

Todo esto nos lleva a la crítica al naciente Estado mexicano, y a sus regidores,

que aparecen también en varios poemas galvanianos. Por ejemplo, en “Bailad! Bailad!” (1841) Rodríguez Galván hace una dura crítica, con visos de sarcasmo e ironía, a Antonio López de Santa Ana, dictador de México de manera intermitente durante los años treinta y cuarenta. El hablante se queja, pues mientras “que llora / el pueblo dolorido”, Santa Ana y sus amigos se divierten en bailes y comilonas, descuidando incluso las fronteras geográficas del territorio mexicano. El poema también incluye advertencias del “invasor astuto” que avanza en Texas, y de Europa que “cual tigre nos acecha” (159). En “La visión de Moctezuma” (sin fecha), una leyenda en verso, Rodríguez Galván parece continuar la crítica al Estado mexicano, pero en esta ocasión lo hace de forma retrospectiva, en la figura del emperador azteca Moctezuma, quien presidió durante la caída de Tenochtitlán. En “La visión” se narra la leyenda de Teyolia, una joven doncella, y su madre, que viven en la más abyecta miseria. Los recolectores de tributo de Moctezuma demandan el pago de impuestos, pero la miserable vieja apenas tiene comida. Ante su negatividad, los esbirros aztecas se llevan a Teyolia para dársela a Moctezuma, quien le ofrece “felicidad y riquezas”. En la última parte del poema la madre de la joven se le aparece a Moctezuma en forma de espíritu y lo lleva a un viaje virgiliano forzado, donde le muestra una visión de su pueblo consumido por la propia rapacidad del

monarca, donde yacen cuerpos inertes y se puede observar un abismo que chorrea sangre. Curiosamente, aunque el reclamo parece dirigido a Moctezuma, hay ciertos indicios, como el verso “el sol declina a occidente” (176) de la primera estrofa, que hacen suponer que Rodríguez Galván tenía en mente una transfiguración de Moctezuma en representante de los burócratas del México decimonónico.

Es precisamente la combinación de estos dos elementos que nos trae a la otra vertiente temática en la lírica galvaniana, quizás la más significativa, que es la del pasado indígena. Rodríguez Galván recupera los motivos indígenas en numerosos poemas, y no es esto un acto arbitrario. En contraposición a las teorías respecto a la inferioridad del indio, los románticos mexicanos incorporan, como lo hicieron los europeos con Grecia, Roma y los mitos germánicos, los mitos prehispánicos de Nezahualcóyotl, Moctezuma y Cuauhtémoc, y se inspiran en ellos para combatir la opresión (Blanco 30). Rodríguez Galván es uno de los primeros en México en integrar esta dimensión temática a su obra. En “Profecía de Guatimoc” (1839), probablemente el más conocido de sus poemas, Rodríguez Galván recupera el mito de Cuauhtémoc, presuntamente torturado y quemado vivo por Cortés, y lo utiliza para ensalzar el pasado prehispánico y profetizar el futuro de la nación mexicana. En la primera parte de “Profecía”, el hablante poético se

encuentra en Chapultepec, contemplando su soledad e infortunios amorosos, se lamenta de la muerte de sus padres y de la pérdida de virtud de su amada. En la segunda parte siente la “tierra girar bajo mis pies”, y sujeta la mano de quien cree es un cadáver y que después descubre que es Cuauhtémoc resucitado, con los pies carbonizados y bañados en sangre por la tortura sufrida a manos de Cortés. Inicia la tercera parte con la siguiente exaltación del héroe azteca:

-Rey del Anáhuac,  
Noble varón, Guatimoczin valiente,  
Indigno soy de que tu voz me halague,  
Indigno soy de contemplar tu frente.  
Huye de mí. (122)

Esta resurrección de la historia antigua, trasmutada en mito liberal forjador de una identidad nacional mexicana, parece ser asumida como un acto de invención consciente y no como un recurso de aspiraciones historiográficas verdaderas. La revaloración del mundo indígena y la afirmación del héroe indígena obedecen más que nada a una función de mito “catalizador nacional” (Alegría de La Colina 41). Es decir que Cuauhtémoc se erige en “Profecía” como un modelo de identidad para los habitantes del joven país.

Para Margarita Alegría, “Profecía”, además de un rescate de los mitos prehispánicos, representa también una de las primeras manifestaciones del sincretismo mexicano dentro del contexto de una identidad nacional. Para esta autora los

antecedentes históricos y filosóficos de Rodríguez Galván se encuentran en Kant y Hegel, quienes reconcilian lo divino y lo humano dentro del cambiante concepto de historia. Según Alegría, Erich Auerbach propone una “interpretación figural” de la historia y del mito, que yuxtapone “dos acontecimientos o personas, que permite que uno de ellos no sólo tenga significación propia, sino que apunte también al otro y éste, por su parte, asuma en sí a aquél, o lo consume” (Alegría de La Colina 21). En el caso de “Profecía”, que por otra parte tiene como antecedente literaria a *La divina comedia* de Dante, esta yuxtaposición de las dos figuras históricas es clara: Cuauhtémoc, como Jesucristo, es el redentor de la nación mexicana. El hablante poético mismo lo invoca y le pide que:

Vuelve, vuelve á la vida,  
Empuña luego la robusta lanza,  
De polo a polo sonará tu nombre,  
Temblarán á tu voz caducos reyes,  
El cuello rendirán á tu pujanza,  
Serán para ellos tus mandatos, leyes:  
Y en Méjico, en París, centro de orgullo  
Resonará la trompa de venganza. (122)

En esta misma tercera parte, una vez resucitado, Cuauhtémoc echa los ojos atrás y hace un recuento del pasado trágico de los indígenas, y afirma que:

Ya mi siglo pasó: del mar de Oriente  
Nueva familia de distinto idioma  
De distintas costumbres y semblantes,  
En hora de dolor al puerto asoma. (123)



A partir de esta retrospectiva, Cuauhtémoc, en las estrofas subsiguientes, hace una larga profecía de lo que le espera a la nación mexicana. Aparecen imágenes de un destino devastador, donde los mexicanos viven envilecidos por sus propios vicios y errores y también por la voraz ambición del expansionismo europeo: “Nada perdona el bárbaro europeo: / Todo lo rompe, y tala, y aniquila / Con brazo furibundo” (126). Las profecías, como es sabido, forman parte de la tradición judeo-cristiana, en particular de los evangelios (Alegría de La Colina 47-50). Al erigir a un héroe mitológico prehispánico como profeta, Rodríguez Galván parece de nuevo incorporar de manera sincrética el rito católico y el pasado indígena en una identidad nacional mexicana, inaugurando de paso el discurso nacionalista mexicano decimonónico.

### **A modo de conclusión.**

Está claro que Ignacio Rodríguez Galván, además de ser uno de los primeros románticos auténticos en México, y más allá de la mucha o poca calidad lírica de sus versos, es también uno de los fundadores de la identidad nacional mexicana. Es cierto que el tema de la nación no es el único, pues tiene poemas religiosos y amorios, pero también está claro que su preocupación por la patria y por establecer una identidad mexicana ocupó una parte importantísima en la visión de mundo del autor. Aunque paradójico, Rodríguez Galván apropia y

reproduce modelos y criterios de civilización europeos, como el cristianismo, y emprende la afirmación de una identidad nacional distinta y superior a otras, en lo que resulta claramente una postura que hoy día está completamente desacreditada (el sincretismo). Sin embargo, a pesar de sus contradicciones ideológicas y culturales, en el siglo XIX fueron poetas como Rodríguez Galván quienes forjaron, a decir de José Joaquín Blanco, la visión cultural, política y sentimental del país. Aunque el joven Rodríguez Galván no alcanzó a ver consolidada la idea que quería de la nación mexicana, hasta en sus últimos días mantuvo una mezcla de esperanza, amor y desencanto nacionalistas, y claramente de sensibilidad romántica:

¡En Méjico!.... ¡oh memoria!....  
 ¿Cuándo tu rico suelo  
 Y tu azulado cielo  
 Veré, triste cantor?  
 Sin ti, cólera y tedio  
 Me causa la alegría.  
 Adios, oh patria mía,  
 Adios, tierra de amor.<sup>7</sup>

### **Notas**

<sup>1</sup> Mariano Galván publicaba el *Calendario de Galván*, además de dos libros anuales: *El Año Nuevo* y *El calendario de las señoritas mexicanas*. También solía publicar libros de mayor importancia, como *La Biblia*, *El Quijote*, entre otros.

<sup>2</sup> Citado por Pedraza Jiménez. Originalmente aparece en: Menéndez Pelayo, Marcelino. *Antología de poetas hispanoamericanos*. Vol. 2. 6 vols. Madrid: 1893.

<sup>3</sup> Guillermo Prieto fundó en 1836, junto con José María Lacunza, la Academia de Letrán, a la cual ingresa el

joven Rodríguez Galván. La Academia sería, en opinión de José Emilio Pacheco, la base de una literatura mexicana auténtica.

<sup>4</sup> Es preciso señalar que hubo otros poetas pioneros del romanticismo en México: Manuel Carpio y José Joaquín Pesado. Sin embargo éstos no caben dentro de los poetas forjadores de la identidad nacional.

<sup>5</sup> Las cursivas son originales del autor.

<sup>6</sup> Op. cit.

<sup>7</sup> Rodríguez Galván compone este poema en el trayecto por barco hacia La Habana, sólo unas semanas antes de sucumbir a la fiebre amarilla.

## Obras citadas

Alegría de La Colina, Margarita. "Del mito religioso al mito histórico en un poema mexicano del siglo XIX." *Las miradas de la crítica: los discursos de la cultura hoy*. Ed. Rosaura Hernández Monroy et al. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco, 2001. 19-55.

Blanco, José Joaquín. *Crónica de la poesía mexicana*. 4a ed. México: Katún, 1983.

Castro Leal, Antonio. Prólogo. *Poesía y teatro*. De Ignacio Rodríguez Galván. México D.F.: Porrúa, 1972. vii-xii.

Deane, Seamus. "Imperialism/Nationalism." *Critical Terms for Literary Study*. Ed. Frank Lentricchia and Thomas McLaughlin. 2nd ed. Chicago: The University of Chicago Press, 1995. 354-68.

*Diccionario de la Lengua Castellana*. 9a ed. 1843. Real Academia Española. <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>>. Diciembre 05 2004.

*Diccionario de la Lengua Castellana*. 11a ed. 1869. Real Academia Española. <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>>. Diciembre 05 2004.

Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 2000.

Monsiváis, Carlos. "¿Existe una cultura iberoamericana?" *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*. 18.3 (1994): 379-92.

Pacheco, José Emilio. *La poesía mexicana del siglo XIX: antología*. 1a. ed. México: Empresas Editoriales, 1965.

Pedraza Jiménez, Felipe B., coord. *Manual de literatura hispanoamericana*. Vol. 2. 6 vols. Berriozar, Navarra: Cénlit, 1991.

Rodríguez Galván, Ignacio. *Poesías*. México D.F., 1851.